

Incorporación del Dr. Florencio Etcheverry Boneo a la Academia de Ciencias Morales y Políticas

Discurso del Dr. Osvaldo Loudet

El Dr. Etcheverry Boneo que incorporamos a la Academia de Ciencias Morales y Políticas es, ciertamente, un valor científico y un valor moral. Su vida constituye un ejemplo de apostolado médico y social, pues ha dignificado su profesión con su sabiduría y su ilimitado amor al prójimo. Su capacidad de sacrificio y de abnegación, y en el orden moral, y la vastedad de sus conocimientos en el orden científico, lo consagran como una figura relevante en nuestra sociedad. Esos méritos notorios lo han llevado a ocupar un sitial en la Academia de Medicina, de la cual ha sido Presidente y Director de la Biblioteca. Al ingresar a esa Academia, hace ya cinco lustros, su Presidente en aquel entonces el Prof. Eliseo V. Segura pudo decir con justicia que el recipiendario era uno de nuestros más brillantes y completos fisiólogos. Su claro espíritu práctico, unido a su vasta ilustración en la materia le permitieron luchar con ventaja contra el terrible mal, mereciendo por su tesonero esfuerzo y por la eficacia de su acción, el ser considerado como un verdadero benefactor de la humanidad doliente. Otro eminente maestro, el Prof. Castex, al recibirlo en la secular institución, hizo notar que a través de su acción se aprecia el doble atributo: la sapiencia y la religiosidad. Agregó que su obra se inspira en tres amores: el amor a Dios, el amor a la Patria y el amor a sus semejantes.

El Dr. Etcheverry Boneo ha sido distinguido con importantes cargos honoríficos, como Miembro Titular de la Unión Internacional contra la Tuberculosis con sede en París. Consultor honorario del Ministerio de Asistencia Social y Salud Pública de la Nación ha sido Secretario del Comité Argentino del Primer Congreso Internacional de Medicina celebrado en Brasil y Representante de la Academia ante la Unesco, Sección Buenos Aires.

La figura moral del recipiendario es tal vez más alta que su figura científica y por eso está bien sentado en esta Acade-

nia. Universitario estudioso, sabio y abnegado, es un genuino exponente entre sus pares de la "moral médica". En esta Academia, junto a representantes de la moral política, de la moral social, de la moral religiosa, de la moral periodística, encarna la moral específica de su profesión, digna de encomio, de alabanza y de respeto. No dudamos que si tuviéramos que elaborar un código de "ética médica" él sería un sabio colaborador en esa materia. Ha practicado siempre la medicina y la caridad, unidas en su corazón, porque si la medicina es una forma de la caridad, la caridad es una medicina del amor. Este hombre tan callado, tan modesto, conoce más que nadie la terapéutica de la bondad, de la tolerancia, de la ternura, de la resignación. Conoce el valor relativo de la ciencia y el valor supremo de la fe. Sin duda alguna, que el ilustre hermano de su madre, el Obispo Boneo de Santa Fe, le hizo leer desde su juventud la epístola de San Pablo a los Corintos: "Aún cuando tuviera el don de la profecía, conociera todos los misterios, poseyera toda la ciencia y tuviera una fe suficiente para trasladar las montañas, *nada sería sin el amor*".

Este amor sin tasa por la humanidad doliente animó su vida profesional en largos años de lucha. El conocimiento científico fue en él un instrumento que siempre perfeccionó para ponerlo al servicio del amor y de la piedad.

Florencio Etcheverry Boneo trajo a la vida una herencia moral que supo conservarla y enaltecerla. ¡Tan distintos de otros que la deslustran y la pierden! Su padre, el Dr. Rómulo Etcheverry se formó en el estudio de Amancio Alcorta y Leopoldo Basavilbaso y tuvo como compañeros de aula a Osvaldo Magnasco y a Juan Bibiloni. Medalla de oro de su curso, el oro no estaba en la medalla, sino en su sabiduría y en su conducta. Escaló todos los cargos de la magistratura hasta llegar a la Presidencia de la Corte Suprema de Justicia de la Provincia de Buenos Aires, que integraban en aquel entonces Dalmiro Alsina, Teodoro Varela, José Nicolás Matienzo y Manuel F. Escobar. Fue Profesor de Derecho Civil en las Universidades de Buenos Aires y La Plata donde sobresalió por su vasta erudición y sus aptitudes docentes.

Su madre, María de las Mercedes Boneo era hermana del Obispo Boneo y como el ilustre prelado un modelo de virtudes evangélicas. Del ilustre sacerdote le viene al recipiendario su modestia y su heroísmo silencioso para hacer el bien. El Obispo Boneo que fuera Administrador Apostólico del Arzobispado de Buenos Aires, pudo ser su titular pero prefirió el humilde Obispado de su amada Santa Fe. No hay escenario pequeño para un gran espíritu. Las mansas ovejas de la pequeña ciudad provinciana le proporcionaría una felicidad infinita. Las semillas del señor fructifican en todas partes. Todo depende de las manos del sembrador. Veremos más adelante que si Monseñor Boneo prefirió "predicar en el desierto", su sobrino médico prefirió igualmente sacrificarse en el desierto, pues fue médico

en las sierras de Córdoba y luego en una minúscula ciudad perdida en La Pampa.

Recibido en 1916, fue médico asistente del Servicio de Clínica Médica del Dr. Fleming y de cirugía del Dr. Máximo Castro en el Hospital de Niños. En 1919, el Dr. Domingo Cabred lo designa médico del Sanatorio Santa María en Córdoba y trabaja al lado del eminente higienista Emilio R. Coni. Allí concibió la Tisiología Integral, clínica y quirúrgica. Hizo clínica y cirugía del pulmón. Pero allí aprendió otra lección: de como terminan los médicos abnegados que se sacrifican por el prójimo sin pensar en ellos mismos. Era el caso de Coni, el sabio higienista, el "médico de las ciudades" como alguien le llamó, refugiado en la soledad de las sierras para poder sobrevivir. El gran alienista, Domingo Cabred lo amparó generosamente en sus últimos tiempos. El gran médico, que tanto conocía la "locura" de sus enfermos, también conocía la "locura" de los grandes hombres filántropos condenados a morir en la pobreza.

Las damas de beneficencia que siempre han tenido una intuición maravillosa para elegir los hombres que necesitaban para realizar sus grandes obras, descubrieron en Etcheverry Boneo un médico ejemplar para dirigir el Hospital Sanatorio de Llanura sito en General Rodríguez, en la antigua estancia de Bernardo de Irigoyen, adquirida con la donación de Victoria Aguirre, insigne benefactora de la Sociedad. No quiero dejar de señalar este hecho: el nuevo Director era biznieto de Doña Cipriana Viana de Boneo una de las "primeras trece" que nombrara Rivadavia para organizar la Sociedad de Beneficencia.

Nadie podía sospechar la grandiosa obra que realizó este médico novel. Le había impresionado la forma en que llegaban a este Hospital embrionario las Mujeres y los Niños tuberculosos que se enviaban a la colonia desde el Hospital Rivadavia, sin una clasificación previa. Eran embarcados en un furgón-enfermería en malas condiciones para llegar a la estación de General Rodríguez, desde donde partían en carruajes desvencijados hasta el hospital. Era una caravana de deshauciados y de moribundos que hacían en verdad su último viaje. Los vecinos se asomaban con temor a las puertas de sus casas para ver aquellas pobres criaturas. Etcheverry Boneo terminó con aquel espectáculo doloroso. Creó un dispensario en el Hospital Rivadavia para el estudio previo y la clasificación de los enfermos, que luego fuera trasladado al nuevo edificio por él concebido en esta Capital el "Dispensario de Higiene Social y de preservación y asistencia de la tuberculosis 'María Ferrer' en la calle Patagones y Av. Montes de Oca." Suspendió el furgón enfermería y la conducción se hizo en forma más higiénica y directa. Ya no fue la caravana de la desesperación, sino la caravana de la esperanza. Hizo construir en aquel desierto cinco pabellones de dos, tres y cuatro pisos

rodeados de jardines, y lo más sorprendente fue la erección de la Maternidad para tuberculosos, la primera en América. Etcheverry Boneo realizó su sueño de "Tisiología Integral". Había hecho clínica con Fleming, cirugía con Castro, tisiología con Coni e hizo obstetricia con Peralta Ramos robando tiempo para concurrir a la maternidad del Rivadavia.

He dicho que fue médico en el desierto y quiero explicarlo. Fue médico en la campaña y tuvo que auxiliarse a sí mismo con una voluntad heroica. Todo lo hizo por amor, ciencia y sacrificio. Con la ayuda de las beneméritas damas de la Sociedad de Beneficencia hizo "su hospital" en el aislamiento y la soledad.

Fue el prototipo del médico del hogar y del médico de los pobres. En la época actual dos médicos tradicionales han desaparecido o tienden a desaparecer: el médico rural y el médico de familia. El médico rural, el médico del desierto, protector de "su pueblo" o de su aldea, que resolvía todos los problemas clínicos y quirúrgicos sin el auxilio de colegas y sin instrumental técnico perfeccionado es sustituido por muchos colegas y pequeños hospitales. Ha dejado de ser el dueño angustiado de sus enfermos, de aquellos enfermos que decían "mi médico" como él decía "mis enfermos". Ese médico lo ha inmortalizado Balzac en su novela "El médico rural". Ahora, para encontrarlo hay que buscarlo en sus páginas. El otro, que está por desaparecer, es el médico de familia. Aquel galeno cordial que conocía los secretos de toda la familia, las ramas débiles y vigorosas del árbol genealógico, aquel que era médico, amigo, consejero del hogar, es sustituido por una cantidad de especialistas, muy útiles sin duda, pero que estudian al hombre fragmentado.

El doctor Etcheverry Boneo, que fue médico de familia y médico rural, terminó haciendo medicina social en toda la amplitud de los dos términos. La ha practicado con ciencia y con conciencia, con profundo sentido humano y gran fervor patriótico. Su obra en el Hospital Sanatorio de Llanura ha merecido el elogio de médicos e higienistas de América y de Europa. La medicina social, como la justicia social, no se hace con discursos o para decorar programas políticos. Se hace con obras y con leyes, con voluntad creadora y espíritu de sacrificio. A las obras y a las leyes hay que darles vida permanente para que no mueran por abandono o por inercia, una vez concluido el período retórico. Etcheverry Boneo fue discípulo directo o indirecto, científico y moral, de grandes médicos argentinos, de Coni, Tornú, Aráoz Alfaro, Pena y Gache que defendieron la salud pública del país. Pertenece a una generación médica clásica y romántica a la vez. Clásica porque se fundaba sobre todo en la observación y la experiencia, más que en los aparatos y en los tubos de ensayo. Y romántica, en lo moral, porque anteponía el deber al interés, el sacrificio a todo cálculo económico. Veamos algunas

opiniones sobre la obra realizada por Etcheverry Boneo en el Hospital Sanatorio de Llanura. Dice Juan Carlos Navarro, Presidente que fuera de la Academia de Medicina: "Realiza una obra admirable: al mismo tiempo que él y su personal médico alivian innumerables dolores y trabaja eficazmente por la ciencia médica. Dice Enrique Zárate: "Admiro su organización y dirección técnica, haciéndome recordar los grandes sanatorios europeos." En el mismo sentido opinan Herrera Vegas, Llamas Massini, Nicolás Lozano, Carlos Alberto Castaño y delegaciones de médicos extranjeros que visitaron el país. El profesor Leschke de Berlín admira su grandiosa organización, que abarca también la Maternidad. El profesor Pierre Janet de París alaba este hospital modelo y el profesor Couvalaire se sorprende de su Maternidad para tuberculosos. Los profesores Frugoni y Sanarelli de Roma y Carpi de Milán expresan su admiración por el establecimiento y consideran a su Director como un verdadero apóstol. Omito las opiniones de otros eminentes fisiólogos para no extender demasiado mi exposición.

En el tratamiento de sus enfermos este hombre siempre une al conocimiento científico el estudio psicológico de los pacientes. Sabe muy bien que las vitaminas morales son tan importantes como las vitaminas químicas. En aquel establecimiento modelo, que organizó con paciencia benedictina, llamaron la atención a los sabios visitantes, el orden, la disciplina y la confianza. Enfermos que por la naturaleza de su mal suelen estar tristes o deprimidos, melancólicos y espiritualmente vencidos, tenían una serena alegría por su próxima curación y pensaban volver al seno de los suyos y ser útiles a la sociedad. Nos explicamos que Sergent el eminente clínico profesor de la Facultad de Medicina de París cuyo libro de Semiología era nuestro texto clásico, escribiera en el libro de oro de la institución, estas palabras: "Yo no desearía ser un tuberculoso evolutivo, pero si lo fuera, es aquí donde quisiera atenderme, pues en ninguna parte encontraría mejores probabilidades de obtener la curación."

Etcheverry Boneo es un ejemplo de lo que puede la ciencia unida a la fe teologal. La esperanza ha guiado sus pasos en todos los senderos y ha repartido la caridad en todas las encrucijadas. Se cumple en él la sentencia del filósofo Bacon: "Poca ciencia aleja de la fe; mucha ciencia conduce naturalmente a Dios." Sus obras escritas no han sido numerosas, aunque suficientes para demostrar la profundidad de sus conocimientos. Sus obras vivas, en cambio, amasadas con amor, con paciencia y sacrificio, lo consagran como el médico que soñaba Hipócrates, hermano de todos los hombres que sufren y que esperan. Su figura moral, de médico arquetípico, tiene títulos suficientes para ingresar a esta Academia de Ciencias Morales y Políticas, que lo recibe por mi intermedio con júbilo, respeto y admiración.